



V Centenario de la Catedral Nueva

Fiesta de la Ascensión del Señor 2013

Queridos hermanos: en esta celebración actualizamos el misterio de la vida del Señor que la fe de la Iglesia ha confesado desde el principio en el credo de los apóstoles con estas palabras: ***“subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso”***.

El Evangelio de hoy dice: *“Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo al cielo”*. Es muy significativo que esta referencia a la ascensión de Jesús al cielo esté puesta en el Evangelio de Lucas en **relación con dos hechos fundamentales**: el primero es que la ascensión es la consumación de cuanto estaba anunciado en las escrituras sobre **la muerte y resurrección de Jesús**; el segundo es la relación causal establecida entre la ascensión de Jesús al cielo y **el envío del Espíritu Santo para que los apóstoles puedan realizar su misión de ser testigos del Evangelio** y predicar la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.

Es oportuno recordar también las referencias del Evangelio de Juan a la vuelta de Jesús al Padre y a la promesa de enviar desde el Padre el Espíritu Santo, para que conduzca a sus discípulos al conocimiento de la verdad plena y los mantenga en el recuerdo y la guarda de su palabra por amor. Así el Padre y el Hijo harán morada en ellos y les harán capaces de mostrar a todos que son discípulos de Jesús por el testimonio de su amor.

El relato más amplio y explícito de los Hechos de los Apóstoles contiene también las dos referencias esenciales que hemos descubierto en el Evangelio.

La primera parte del texto hace referencia a las apariciones de Jesús resucitado durante cuarenta días y a la enseñanza a sus apóstoles sobre el reino de Dios, para que se convencieran de que estaba vivo y comprendieran el significado de su victoria sobre la muerte. En consecuencia, entenderían el sentido de la misión que ellos mismos habrían de continuar por encargo el Señor.

La segunda parte del texto explicita más lo relativo a la espera del Espíritu Santo, con el que debían ser bautizados todos los discípulos de Jesús. El relato se prolonga con la referencia a la misión de la Iglesia para restaurar el reino de Israel en una forma nueva, cuya consumación no toca a los discípulos conocer, pero cuyo comienzo sí que es obra de ellos, con la fuerza del Espíritu Santo: *“Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”*.



“Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista”.

Una vez referido tan sobriamente el hecho de la ascensión, el relato de los Hechos de los Apóstoles se refiere a la misión futura de los apóstoles: Dos mensajeros del cielo les sacan de su asombro inoperante con esta pregunta: “¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?”. La misión de los apóstoles es una responsabilidad ante el Señor, que vendrá un día, que sólo el Padre conoce, a consumir su obra y someter a juicio definitivo a la historia humana, a la Iglesia y al mundo, pidiendo cuenta de la respuesta al amor con que Dios nos ha amado y del uso de la libertad que del amor de Dios procede.

La lectura de la carta a los efesios explicita otro aspecto esencial del significado de la ascensión. Jesús, ha ascendido al cielo y ha recibido el poder que el Padre le ha concedido. Pero este poder consiste en hacer partícipes de su triunfo a todos aquellos por los cuales ha entregado su vida. El Espíritu Santo nos da la capacidad de reconocer en Jesús sentado a la derecha del Padre la esperanza de la gloria a la que Dios nos llama. Cristo está en el cielo como cabeza del cuerpo destinado a participar de la misma plenitud de su salvador. El Hijo de Dios no había dejado al Padre al vivir como hombre entre nosotros, ni ha abandonado a sus discípulos al volver a la gloria del Padre. Por ello, el apóstol Pablo proclamó con gran convicción que, en esperanza, Dios nos ha sentado con Cristo a la derecha de Dios. Somos, pues, ciudadanos del cielo y nuestra aspiración suprema es la búsqueda del Reino de Dios y su justicia, es decir, reproducir la imagen de Jesús; la necesidad de los bienes de la tierra no nos agobia, sino que la confiamos a la providencia amorosa de Dios, que alimenta también a los pájaros del cielo y viste de esplendor a las flores del campo.

Con esta esperanza cierta, y con la seguridad de que el Señor, con el don de su Espíritu, estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, no nos quedamos ensimismados mirando al cielo, sino que nos ponemos en marcha por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio con todos los medios, antiguos y nuevos, y con las nuevas posibilidades que la ciencia y la tecnología de la comunicación ponen a nuestra disposición. Así nos lo recuerda hoy la Iglesia con la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. A este propósito es motivo de esperanza la iniciativa de una jornada de oración a través de las redes sociales lanzada por un grupo de jóvenes católicos españoles con un seguimiento multitudinario.

La Ascensión de Jesús al cielo prelude la forma nueva de instauración del reino de Dios. Por la acción del Espíritu Santo y la misión de la Iglesia ha llegado la hora de dar a Dios Padre el verdadero culto en espíritu y en verdad, que no está vinculado a un lugar o templo material, porque Dios es espíritu. **El nuevo templo espiritual es el propio cuerpo de Jesús**, destruido por la muerte, levantado en tres días por su resurrección y ascendido a la derecha de Dios para participar de su gloria. Y a este Cristo el Padre de la gloria *“lo dio a la Iglesia como cabeza... Ella es su cuerpo”* (Ef



1,22-23). Así, el Cuerpo de Cristo es santuario y templo espiritual en una doble forma de existencia celestial y terrena.

Por su resurrección y ascensión, Cristo ha entrado en el cielo como en un nuevo y auténtico santuario *“para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros”* (Heb 9, 24). Es la ciudad santa, la nueva Jerusalén del cielo, en la que habita la gloria de Dios, cuyos cimientos son los doce apóstoles del Cordero (cf. Ap 21, 10-14). En esta ciudad no hay santuario, *“pues el Señor, Dios Todopoderoso, es su santuario, también el Cordero”* (Ap 21, 22).

En virtud de la sangre de Jesús, que se ha hecho para nosotros camino nuevo y vivo hacia el Padre, la carta a los Hebreos nos indica que tenemos libertad para entrar a su santuario y nos exhorta: *“acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe... y con el cuerpo lavado en agua pura”* (Heb 10,22).

La Iglesia que tiene a Cristo como Cabeza es su Cuerpo y nuevo templo del Espíritu, construido sobre *“la piedra que desecharon los constructores”*, que *“se ha convertido en piedra angular”*. Acercándose *“al Señor, la piedra viva... escogida y preciosa ante Dios”*... los renacidos del agua y del Espíritu, *“como piedras vivas”*, entran *“en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo”* (1 Pe 2, 4-5).

El Apóstol Pablo ha completado esta enseñanza diciendo a los corintios: *“Sois edificio de Dios”*, construido sobre el cimiento de Cristo. *“Sois templo de Dios”*... *“y el Espíritu de Dios habita en vosotros”*. (1 Cor 3, 9.11.16). Y ha recordado a los cristianos de Éfeso: *“Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu”* (Ef 2, 20-22).

El culto en espíritu y en verdad es el que Jesús ha ofrecido al Padre, según declara la carta a los Hebreos: *“Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”* (Heb 10, 6-7). Y este culto se hace actual en la eucaristía, que Jesús instituyó y nos mandó celebrar en memoria de la entrega de su cuerpo por nosotros y de la nueva alianza sellada con su sangre para el perdón de los pecados (cf. 1 Cor 11, 23-25; Mt 26, 28). *“Por eso - escribe san Pablo - cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.”* (1 Cor 11, 26).

La eucaristía ofrece a los fieles el acceso a las fuentes de la vida cristiana en la escucha de la Palabra de la verdad y en la comunión del pan de la vida; y les hace posible llevar a plenitud su vocación sacerdotal y su culto en espíritu y en verdad, según



Carlos López Hernández

la exhortación del apóstol Pablo en la carta a los romanos: *“Os exhorto, pues, hermanos, ...a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro sacrificio espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (Rom 12, 1-2).

El misterio del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, encuentra su representación simbólica en el edificio visible de la catedral, templo primero de la Iglesia diocesana, en el que la comunidad de los fieles, con sus presbíteros, es reunida por su Obispo en el Espíritu Santo, por medio del Evangelio y la Eucaristía, para constituir una Iglesia particular, en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (cf. ChD 11). Por ello, la catedral es el lugar visible primero del culto de la Iglesia particular en espíritu y en verdad, a través del cual es santificada y edificada en el Espíritu como cuerpo de Cristo; por ello, la catedral es la casa madre de la Iglesia diocesana y símbolo de comunión con la Iglesia universal.

Como piedras vivas del templo del Espíritu, damos gracias a Dios por el don de esta Catedral y le presentamos en esta Eucaristía toda nuestra existencia para que la santifique y la acepte como sacrificio espiritual, en honor y alabanza de su gloria.